

Adolfo Agorio

Su obra literaria

Adolfo Agorio ha concebido tres hermosos libros sobre el tema apasionante y deslumbrador de la guerra europea. En el último, titulado "La Sombra de Europa", afirma que esa sombra comienza a envolvernos, habiendo llegado ya hasta nuestra América "el soplo trágico de la guerra, el grito desapacible de la matanza". Dedicarlo a la intelectualidad francesa, agradeciendo de este modo el nombramiento correspondiente con que la sociedad "Gens de Lettres" lo distinguió hace poco. "Quiero que este libro, — dice Agorio, sea la respuesta oscura y profunda al honor que me ha discernido la intelectualidad francesa, respuesta oscura porque nace en la nebulosa de las psicologías, en la incertidumbre que nos enseña a meditar, y profunda porque toda ella es pensamiento enérgico, volición y sinceridad".

La incorporación de Agorio a la sociedad "Gens de Lettres", cuyos correspondientes fuera de Francia son muy contados hasta el punto de que es Agorio de los muy pocos que existen con tal título en América del Sur, es un honor insigne que

nada tiene de extraordinario si consideramos los méritos conquistados por nuestro joven escritor en los pocos años que escribe para el público. Ningún literato de América ha luchado como él con tan sonriente voluntad, con fe tan incommovible por la dulce Francia amenazada por el zarpazo traidor de la garra teutónica. Ningún defensor más brillante que nuestro compatriota, de la causa de la gran república que atrae en unánime ondulación los votos fervientes del mundo civilizado, y simboliza en estos tiempos de ásperos cataclismos la inquietud aristocrática del espíritu y la proa fulgurante de la libertad. Sus tres libros, "La Fragua", "Fuerza y Derecho" y "La Sombra de Europa" componen lo más jugoso, lo más expresivo de lo que se ha dicho en nuestro continente a favor de la gran nación latina, cumbre armoniosa de la raza, a la cual dedica su segundo libro con estas palabras de ardiente emoción: "Al genio revolucionario de Francia que trazó con sangre y no con frases los destinos de la Humanidad; al gran pueblo francés, masa anónima de soñadores y obreros, que ha sabido abrirse camino con la idea y con el fusil, con el cerebro y con la bayoneta; a la Francia rebelde de 1789, de 1844 y de 1871; a la Francia pacifista de 1914; a los trabajadores que cambiaron de pronto el sacrificio del taller por el heroísmo del soldado; a los sacerdotes, a los campesinos, a los menestrales, a los maestros humildes, a todos los que amando locamente la existencia no han temido el minuto supremo y han inmolato la vida al pie del

ideal, dedico estas páginas de sufrimiento, de serenidad y de recuerdo”.

Adolfo Agorio surgió al grande y al pequeño público con el estallido mismo de la guerra. Hay circunstancias que revelan una potencialidad hasta entonces oculta, y ésta fué una de las que han operado tal milagro. De ninguna manera está en mi ánimo en este momento, que solas las circunstancias externas y providenciales pueden provocar un fenómeno así. Todo depende de una armonía, cuyo secreto no poseemos y no poseeremos quizá nunca, entre las impulsiones de fuera y las energías latentes del interior. La ciencia sale siempre de los dominios de los extremos, — ancho campo donde a su gusto brincan las pasiones y donde edifica sus quiméricos y pacientes castillos la Metafísica, — para amoldarse a la línea recta y horizontal del equilibrio. Somos ignorantes porque no somos dueños de esa facultad del equilibrio que adivinamos llenos de respetuosa admiración en todos los fenómenos naturales, desde los más humildes y microscópicos hasta los más vastos y universales. Hay quién sostiene que el genio es un simple producto de las circunstancias. Cítase el baño de Arquímedes, la manzana de Newton. Pero se olvidan los factores personales, se desdeñan los procesos psicológicos, la riqueza cerebral, la potencia intuitiva. ¿Acaso antes de Arquímedes no se habían bañado los hombres y nadie vió caer una manzana antes que el físico inglés? La personalidad literaria de Agorio surgió con la guerra porque ella fué el centro



de mayor atracción, — al decir de Spencer, — que lo hizo arrojar, lleno de orgullosa temeridad a la arena vibrante de la lucha de ideas. Desde las columnas de *El Día*, se dió a conocer a fines de 1914 en valientes artículos que firmó con el pseudónimo de "Jacob". Aquella prosa enérgica y deslumbrante, rica en conceptos y tallada como la joya de un artífice llamó de inmediato la atención; la fama fué a poco consolidando su nombre, el que aventó hacia los cuatro horizontes con las voces de bronce de su agudos clarines. Hoy ya el triunfo es suyo, ese triunfo por el cual suspiran tantos y que a tan pocos distingue con la fresca corona de sus verdes laureles.

La prosa de Agorio tiene la virtud sustantiva de la prosa: la seducción. Quiere decir con esto que convida, incita, embriaga, deslumbra. El lector que comienza los primeros párrafos ya no abandona los demás, no importa el tema. Como todos los maestros en el arte de escribir, sabe hacer interesante lo más trivial, exponer novedosamente lo trillado, descubrir un mundo en donde nuestra ceguedad sólo encuentra un vacío. ¡Qué mágica y suntuosa facultad esa de enriquecer generosamente todo lo que cae bajo el dominio de la actividad cerebral! ¡Cómo surgen encantadores oasis en la desolación abrasada de los más vastos desiertos! Quizás, en último análisis, la misión del escritor no sea otra cosa que esa: encontrar aspectos inesperados a las cosas, transformar la realidad con la varita mágica de la imaginación; hallar el milagro, en medio de la monotonía; ex-

traer la excepción de la vulgaridad. Todo se ha dicho, ¡ah, sí!, pero no se han agotado las maneras de decir. La fecundidad del pensamiento es ilimitada cuando le sonríe la forma como a un sátiro una ninfa desnuda. La palabra es un instrumento maravilloso, cuyas sonoridades jamás se agotan, y que ya puede envolverse en la pompa de un manto oriental de rutilante fantasía, como imitar sobre la serenidad del cielo impecable y profundamente azul, la elegancia suprema de una columna helénica. Los libros de Agorio se han impuesto ante todo por su estilo lleno de pasional empuje que transmite al lector la fe sugestiva y la emoción anhelante del escritor. Deliciosas e inquietas caen las palabras como sobre el gladiador antiguo la red sutil de acerados músculos. Pero al dominarlo, sacude sus nervios, lo extremece, lo atre como el vértigo, lo arrastra como el torbellino. Al objetivarla para interpretarla y definirla, podría decir que la prosa de Agorio es un haz de relámpagos sobre el terciopelo oscuro de la noche. Ninguna languidez se permite, y arroja sus ideas en pequeños y nerviosos puñados de palabras sonoras como un sembrador de semilla. Toda su obra está escrita así. Como en los cuentos de ensueño, teje su tela con prodigiosos diamantes, rubís de fuego, limpios topacios y cándidas esmeraldas. Y es tan grande su prodigalidad, que brinda estas riquezas con una bella alegría juvenil, como quien confía en un tesoro inagotable sin cesar renovado, como aquel

para el que no existe la torturante y angustiosa incógnita del mañana!

Agorio no es un escritor analítico; no armoniza con su viril impaciencia la tarea estéril e insípida de los que buscan la piedra filosofal por efecto de descomposiciones sucesivas que aspiran no al fondo íntimo, sino a la expresión menor y atomística de las cosas. Sus escritos están iluminados perennemente por un entusiasmo contagioso, armados con la potencia dñtil de las ideas y la gracia femenina de las palabras dilectas. Por eso es bien de explicarse que la guerra europea, con su dimensión epopéyica, haya venido a ofrecerle un tema al cual se adaptan por entero sus cualidades dinámicas aguzadas por el espectáculo fabuloso de la gran tragedia. La guerra parece haber estallado para él, exclusivamente. En "La Fragua" desfilan visiones terribles; hay cargas hululantes en medio de los campos carcomidos por los obuses; bosques enteros derribados como por un solo hachazo formidable y seguro; agonías que espeluznan en pantanos infectos, mientras los lobos aguzan sus largos colmillos que resplandecen lívidamente a la luz de una luna fúnebre e inmóvil; monstruosos zepelines que recorren el cielo como nubes rígidas de muerte y de espanto; gritos de ánimo; fanfarrias de victoria; tropeles ensordecedores; diabólicos entreveros. Ruge la batalla, y como al decir de Hugo, en Eylau, "los cañones se insultan con sus lenguas de fuego desde lo alto de las colinas". "La Fragua" es lo que expresa su título: un inmenso incendio desde el cual lle-

gan hasta nuestros oídos los martillazos sobre el hierro del que se forjará el porvenir. Es un libro pictórico. Da la sensación de que el autor se ha embriagado de color, con el cual ha imaginado una fiesta bien latina, quemada por el Sol y en la que triunfa la púrpura sangrienta, el azul del mar y' los tonos voluptuosos y detonantes que ofrecen a las pupilas frenéticos juegos kaleidoscópicos y estrepitosos mosaicos bizantinos. Pinta a brochazos, sin detenerse en los detalles, no a la manera esfumada y' pálida de Carriere sino con el vigor luminoso de Anglada. En las reconstrucciones imaginativas sobresale por los pasmosos visos de realidad que les presta. Gusta conducir la acción y ordenarla de acuerdo con un fin que la justifica. Así aparece teatral pero resulta también sólido y completo. Su artificiosidad acusa una mano firme que labora sin dudar y que obedece a los mandatos de un cerebro lúcido que sabe donde va. Es la artificiosidad de D'Esparbés, el de "La leyenda del águila", con el que tiene puntos de comparación y de coincidencia.

En "Fuerza y Derecho" hay ya un plan. Y además del plan, mayor variedad, más serenidad, menos pompa verbal. Ahí no está sólo el pintor, el impresionista: está también el crítico y apunta gallardamente el pensador, el doctrinario. Sus semblanzas de Zola, Remy de Gourmont, Baccelli, Bergson, Kant, Le Bon, Guesde, son magníficos bocetos, síntesis felices, preciosas miniaturas. Discute ahora principios directores y poniéndose de parte del Derecho hollado, sin caer en la ingenui-

dad mortal de los pacifistas inflexibles, asalta con fuertes y ágiles escuadrones la atalaya del imperialismo germano, desde la cual hace una mueca de egolatría demente el rostro atormentado del gran Federico. Pone frente a frente dos culturas, la una agradable, inquieta, ática, irrespetuosa y brillante; la otra pesada, llena de suficiencia, paciente, erudita, dogmática. El gallo altivo de cresta roja en perpétuo cabeceo, se encrespa y aguza sus largas y punzantes armas ante el empuje férreo del águila prusiana, miope y esferoidal, acorazada y lenta como un ancho paseante de la "Friedrichstrasse". Agorio defiende la causa latina con una briosidad bien americana. Examina los nuevos valores nacidos con la guerra, lo que no le impide expurgar el rico filón del pasado, al cual redivive en páginas inolvidables, sobre todo aquellas que se refieren a la gran revolución libertadora, cuyas figuras magnas desfilan como meteoros enceguedores, rodeados de una aureola de laica santidad. Pasa el cadalso, erguido como una lira en un rincón húmedo de la plaza de la Gréve. Pasan los sans-culottes, desastrados vengadores de la larga miseria popular. Pasa Santerre, monstruo de alma cruel y sanguinaria, infantil y bondadosa. Pasa Valmy, la nueva Bouvines, la precursora de La Marne, envuelta en el polvo heroico de una carga épica de los coraceors de Kellermann. Pasa la Marsellesa, como un turbión de energías delirantes, como una gigantesca y rítmica respiración de la libertad. La Francia republicana, de la cual surgió como rico fruto el mundo

democrático moderno, se refleja entera en sus perfiles más legendarios, en sus más gloriosas efemérides. Vienen después tres cuadros históricos de Rusia, la vencedora de Carlos XII y de Napoleón, los dos austeros capitanes que hicieron de la guerra un sacerdocio y vivieron perpetuamente arrastrados por las tormentas que desencadenaron, quemándose al fin en su luz, como las mariposas. Siguen varios bocetos que bien pueden incluirse en "La Fragua". Y termina el libro con tres reconstrucciones maravillosas de las tres batallas del 1914: Charleroi, La Marne y Flandes, que podrían figurar dignamente al lado de las descripciones inmortales de Stendhal y Hugo.

Completa la magnífica trilogía, este fresco y sesudo volumen "La sombra de Europa". La evolución de Agorio, de la impresión al concepto, se dibuja aquí más robusta. El escritor no ha perdido ninguna de las características sustanciales que le han dado perfiles propios. Es siempre el Agorio nervioso, brillante, inquieto, riquísimo Nabab de palabras, henchido de ideas impacientes por cristalizarse en frases, ideas que a menudo escapan como una quadriga irrefrenable sobre la arena del Circo. Pero un pliegue de seriedad pone un encanto de madurez en la cálida orgía de su imaginación. El intercambio de ideas y la mirada curiosa y penetrante que detiene sobre la gran tragedia, hacen pensar en una primera cana ennoblecedora y helada en el diamante intenso de una negra cabellera. La sonrisa palidece un momento como un ritmo que calla, y asoma la interrogación.

muda como un fantasma que se dibuja apenas, pero que existe. Creeríase en ciertos momentos ver aparecer escritas en fuego las palabras fatídicas que amargaron de duda el banquete de Baltasar. Buen americano, se interroga, lleno de alarma, sobre la actitud de nuestro joven mundo frente a la Europa agonizante e, injustamente a mi parecer, fustiga con irrespetuosa ironía a Wilson por sus indecisiones que no explica y lo incluye en la falange de los soñadores irresolutos, de los demagogos utopistas. Esa preocupación por la América Latina, es después del apuntado, el más importante de los perfiles de "La Sombra de Europa". Agorio sostiene la necesidad de una unión inmediata e íntima de esas naciones de origen hispano, para alcanzar su verdadera autonomía, no como una graciosa concesión de las grandes potencias, sino como una derivación gallarda y natural de su propia fuerza. Inquiétalo la actitud de los Estados Unidos una vez que finalice la guerra y que entonces, "Cuando termine la pesadilla universal, cuando se disipe la sombra de Europa, diez millones de guerreros nos contemplarán con ojos voraces. Legiones de soldados, a quienes la contienda europea habrá hecho sobrios y vigorosos, buscarán en las riquezas apenas desfloradas de South América un campo espléndido para el ejercicio de sus virtudes".

No comparto en forma alguna ese temor, esa prevención a la que no hallo base, sobre todo tratándose de una democracia, maestra en Derecho, cuya intervención en la guerra en nombre de

sagrados principios ideológicos opuestos a bélicas demencias y' a aventuras imperialistas constituye una garantía de su conducta futura y un laurel de gloria inmaculada que nadie le podrá arrebatár. Un exceso de celo lleva a Agorio a pronunciar esas palabras opuestas a la realidad de las cosas y' a los acontecimientos que se anuncian para el porvenir. Nuestras naciones americanas, fieles a los principios sustanciales de la solidaridad continental, nada deben temer para el futuro de la gigantesca nación del Norte, y sostengo con Lugones que "el panamericanismo carece de significación sin los Estados Unidos, que representan en América la realización del derecho a la independencia y el triunfo de la democracia". En cambio, estoy de acuerdo con Agorio cuando afirma que es necesario nivelar el formidable abismo que existe entre el estancamiento criollo y' la civilización angloamericana. Nuestra América-española debe colocarse a la altura de la época que amanece para ser digna de ella, y para ocupar en el mundo un sitio de honor y un puesto de vanguardia.

Agorio es ya una soberbia realidad en el escuálido campo de nuestras letras, implacablemente reducido en estos últimos años a su mínima expresión por la muerte de Herrera y Reissig, Delmira Agustini, Florencio Sánchez, Ernesto Herrera y José Enrique Rodó. Todos los homenajes que se hagan a su bello talento los tiene merecidos. Estamos acostumbrados a los honores póstumos como si no les perdonáramos a los gran-

des hombres la calidad de serlo sino a precio de su vida. Hay que reaccionar. El ejemplo nos viene esta vez, — como tantas otras, — de afuera. Debe halagarnos a todos los uruguayos la distinción hecha a Agorio por la "Gens de Lettres". Poseemos en él un verdadero escritor en el sentido moderno e integral de la palabra. Pasaron los tiempos en que el literato era un señor de una ignorancia ejemplar que elucubraba largas digresiones imaginativas sobre temas triviales. De ahí que literatura significara banalidad, superficialidad, retórica. Quedan aún algunos ejemplares de esa fauna que se agitan vanamente en el vacío a la caza de una popularidad desdeñosa... En estos tiempos de lucha apasionada, tiempos de transición entre dos épocas sólidas, las primeras condiciones impuestas al escritor son la de la cultura intensa, la del gusto depurado y la del austero perfeccionamiento diario. Y más interesan los que más se interesan por la vida misma y descienden hasta el estiércol para arrebatarle su oro puro. De esa legión, a la que pertenece Agorio, comentarista apasionado de la vida humana en sus grandes aspectos colectivos, saldrán las grandes normas orientadoras del presente y las generosas hipótesis, robustas plasmadoras del porvenir!

Agosto de 1917.
